



Pär Lagerkvist

La Tierra Santa

Título del original sueco DET HELIGA LANDET
Traducción de FAUSTO DE TEZANOS PINTO
EMECÉ EDITORES, S. A. - Grandes Novelistas
Buenos Aires, julio de 1965.

Giovanni había envejecido y cuando dejó de ser útil a bordo, por haber perdido la vista, lo desembarcaron en una costa que parecía desierta; obligaron a Tobias a que lo acompañara. Había comenzado a anochecer y Tobias, que a pesar de la oscuridad algo lograba ver, trató de encontrar algún refugio donde pudieran pasar la noche. Pero no se divisaba nada parecido. Lo único que podía distinguirse en aquel desolado paisaje eran los restos de enormes columnas medio derruidas cuya antigüedad se destacaba sobre el borroso cielo nocturno. En realidad no ofrecían ninguna protección contra el fuerte viento y el frío de la noche, pero como no se encontraba otra cosa para allí se encaminaron. Llevando al ciego de la mano, el peregrino Tobias se dirigió hacia aquellas ruinas abandonadas en la interminable playa donde no crecían más que cardos entre los altos yuyos secos. El ciego le preguntó a qué clase de vivienda lo conducía pero Tobias no podía contestarle porque nunca había visto nada semejante.

Cuando llegaron había anochecido por completo y tuvieron que andar a tientas entre las columnas, tropezando en las piedras que les interceptaban el paso y les oponían toda suerte de obstáculos para que pudieran ganar el interior. Finalmente, al abrigo de algo que parecía ser los restos de algún muro encontraron un lugar donde acostarse y, extenuados como estaban, se durmieron en seguida.

A la mañana siguiente se despertaron temprano y Tobias se sorprendió al ver lo que les había servido de refugio nocturno.

—Esto no puede haber sido una vivienda humana —dijo—, y trató de describirle al ciego lo que veía.

Éste se levantó y empezó a caminar y a palpar con sus viejas manos las macizas columnas que se alzaban hacia el cielo.

—No, no puede ser —dijo también él—. Debió ser un templo. Pero un templo para un dios que ya no existe. Sospecho que no ha quedado piedra sobre piedra.

Se detuvo y miró en derredor como si no hubiera estado ciego y

podiera comprender el significado de las ruinas que los circundaban.

"¿Crees que estuvimos tanto tiempo en el mar que ahora todos los templos se hallan abandonados y destruidos? ¿Y todos los dioses muertos?"

—¡Serías realmente capaz de desearlo! —exclamó Tobias, y su voz denunciaba su turbación.

—Sí. Claro que sí.

Tobias evitó encontrarse con los ojos del ciego que, vacíos e inexpressivos, se habían vuelto hacia él.

—Tal vez tus deseos se han cumplido —dijo. Miró a lo lejos por entre las derruidas columnas, hacia el paisaje cuya completa soledad era en cierto modo impresionante.

—Voy a buscar algún leño para que podamos encender el fuego —comentó— es una madrugada muy fría.

Era como si en los alrededores del templo hubiera existido alguna vez un bosquecillo. Quizás fueran los árboles sagrados del dios. Por todas partes se encontraban troncos y restos de árboles, ya casi podridos; sobre todo raíces que salían y entraban de nuevo en el suelo, enroscándose como serpientes enfurecidas entre los altos cardos que crecían por todas partes. Tal vez el bosque debió haber sido destruido en alguna ocasión por un incendio porque las raíces estaban negras, como quemadas por el fuego. Tobias arrancó algunas, tarea más o menos fácil, aunque era difícil encontrar algunas que no estuvieran podridas por completo. Cuando las arrancó, todas tenían el mismo color oscuro de la tierra donde habían crecido. Recogió también unas cuantas ramas secas que pudo encontrar para poder encender con más facilidad el fuego. Hecho eso regresó al templo y al lado del ciego.

El viento soplaba sin cesar pero al fin pudo encenderlas junto al muro. Pero las ramas estaban tan húmedas y podridas que arrojaban mucho humo, y apenas daban una llamita, y algunas se deshacían como si fueran de tierra. Por supuesto, más valía eso que nada. De todos modos era el fuego que habían conseguido encender y Tobias lo cuidaba, temeroso de que se apagara.

A juzgar por los restos de los muros, el lugar donde se encontraban debió haber sido alguna vez un recinto, no muy grande en relación con la extensión de las ruinas, un recinto sagrado en el interior de la doble hilera de columnas de las que tan poco quedaba aún en pie. El muro estaba casi por todas partes al nivel del suelo pero se conservaba una de sus esquinas y fue allí donde encontraron protección durante la noche y donde ahora encendieron el fuego. Allí se sentaron tratando de calentarse un poco.

Al cabo de un rato se sorprendieron mucho al oír el ruido de unos pasos que se acercaban y voces de personas que hablaban en voz baja. Poco después aparecieron dos hombres, avanzando entre los bloques hasta las columnas y allí se detuvieron sin decir nada. Estaban cubiertos con una especie de túnicas

desteñidas y llevaban en las manos un cayado, como si fueran pastores. Que eran pastores quedó pronto evidenciado cuando apareció una cabra que los seguía y se quedó, con el mismo asombro que ellos, contemplando con sus ojos amarillos a los forasteros y al fuego. Los hombres se aproximaron, vacilantes, hacia Tobias y el ciego y se sentaron junto a la lumbre. Dijeron que habían visto el humo y que estaban muy sorprendidos por el hecho de que alguien pudiera encontrarse allí, alguien que se hubiera refugiado en ese lugar de antiguas columnas abandonadas.

Hablaban con voz tranquila y sus afilados rostros tenían una expresión amistosa, lo mismo que sus miradas apenas melancólicas. La cabra empezó a morder las ramas secas que descubría en ese recinto que quizás fue sagrado alguna vez. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza y los miraba con sus viejos ojos.

Giovanni preguntó qué era en realidad ese extraño lugar y si era un templo.

Los pastores se miraron entre ellos y luego uno contestó que no lo sabían. Tal vez lo fuera. Pero ellos no sabían nada de eso.

Las columnas habían estado siempre allí, en ese lugar. Pero por qué estaban allí lo ignoraban por completo.

—Lo que nos resultó extraño fue que de repente, esta mañana, nos pareció que alguien vivía aquí, que alguien había encendido un fuego entre estos pilares como para vivir entre ellos. Es por eso que vinimos.

—Sí, tal vez parezca extraño —respondió Giovanni—. Pero no pudimos encontrar nada mejor, ninguna vivienda humana. ¿Saben ustedes a qué dios estaba consagrado este templo?

—¿A qué dios?

—¿A qué dios? —repitió también el otro pastor, muy sorprendido.

—No, de eso no sabemos nada.

Todos permanecieron un rato en silencio. Luego uno de los pastores, en forma cautelosa y vacilante, les preguntó cómo habían llegado hasta allí y de dónde procedían.

—Claro está, en caso de que ustedes quieran decirnos eso —murmuró el otro.

Giovanni contestó que habían llegado del mar. Desde las lejanías del mar.

Los pastores parecieron muy sorprendidos ante esa respuesta, como si se tratara de algo completamente inesperado. Y Tobias, que era el que podía observar esa reacción, no alcanzaba a comprender el motivo de ese asombro.

—¿Nunca ha sucedido, antes de ahora, que alguien llegara hasta aquí desde el mar? —inquirió.

—No, jamás.

—Un barco nos dejó aquí, abandonados —explicó Giovanni al cabo de un

rato.

—¿Un barco?

—Sí.

—¿Barco?

—Sí. Alguna vez tienen que haber visto ustedes un barco en el mar. Si es que no vienen también aquí.

—No. Nunca.

—Es extraño.

—Muy extraño —murmuró también Tobias para sí mismo.

—¿Por qué quisieron ustedes quedarse aquí?

—No lo quisimos. Fue contra nuestra voluntad.

—¡Ah! Fue así.

Los pastores cruzaron entre sí una mirada de entendimiento.

—Ustedes no querían quedarse aquí. Ya... Comprendemos.

—Ustedes viajaban por el mar, iban a otra parte, hacia algo distinto. Y en cambio los dejaron aquí.

—Sí, sin alimentos, sin nada para poder subsistir —dijo Tobias, indignado—. Apenas un pedazo de pan —siguió diciendo y sacó de un bolsillo el trozo de pan—. Y a este pedazo lo guardo para que nos ayude a encender el fuego.

Los pastores se apresuraron a sacar grandes porciones de queso de cabra que llevaban en unas bolsas de cuero que les colgaban del cinturón que ajustaba sus ropas y se los alcanzaron a los dos forasteros. Y Tobias y el ciego empezaron a comer. Era como si hubieran pasado mucho tiempo sin probar bocado, siendo evidente que el queso fresco y dulce les agradaba bastante. Apretaban el queso en una mano y el pan en la otra, y se hallaban tan entregados a saciar su hambre que ni se les ocurría dar las gracias a quienes les habían dado ese alimento.

Los pastores parecían muy interesados mientras los veían comer, se miraban moviendo la cabeza de arriba abajo y se pusieron a conversar entre ellos en voz muy baja.

Al cabo de un momento, Tobias los miró y les preguntó:

—¿Qué pasa?

Los pastores permanecieron callados un momento pero por fin decidieron preguntarles si les permitían ver qué era eso que estaban comiendo. No se referían al queso que acababan de darles, por supuesto, sino a lo que tenían en la otra mano.

Cuando ambos tomaron y examinaron el pedazo de pan, los dos se apresuraron a devolverlo.

—¿Es que ustedes no han visto hasta ahora nada parecido?

—No. Una cosa así no hemos visto jamás.

—¿De qué viven ustedes, entonces?

—Oh, tenemos leche y queso, y también comemos la carne de las cabras y de los corderos. Pero algo como eso que ustedes comen no hemos visto nunca.

Tobias les invitó a que probaran el pan pero los pastores se rehusaron, de ninguna manera quisieron aceptarlo.

Cuando terminaron de comer empezaron a conversar de otra cosa.

—Tiene que haber sido mala gente la que se portó así con ustedes.

—Ajá —murmuró Giovanni—. Así es.

Pero Tobias, excitado, comenzó a hablar lleno de indignación diciendo que eran unos delincuentes, unos criminales, que la tripulación del barco era un montón de...

Giovanni trató de serenarlo y dijo que eran como la mayor parte de la gente, y se limitó a sacudir despectivamente los hombros como único comentario a las maldiciones de Tobias.

—Por otra parte, nosotros mismos éramos como ellos —murmuró—. Nosotros también pertenecíamos a la tripulación.

—¿Cómo? ¿Ustedes también eran como ellos?

—Sí. Así es. No hay por qué ocultarlo. ¿No es así? —continuó volviéndose hacia Tobias—. ¿No es esa la verdad?

—Sí —respondió Tobias, en voz baja. Quedaron callados durante un rato.

—¿Pero adónde iban ustedes? —preguntó uno de los pastores—. ¿Adónde iban en un barco semejante? ¿Con tal gente a bordo?

Ninguno de los dos se apresuró a contestar esa pregunta. Tobias dejó caer su mirada al suelo y el ciego, cuyos ojos se habían vuelto hacia los pastores, se quedó como si mirara fijo delante de sí.

—A Tierra Santa —dijo de repente Tobias con una voz sorda e inexpresiva, como si no hubiera querido pronunciar ese nombre.

—¿La Tierra Santa?

—¿La Tierra Santa? ¿Qué tierra es esa?

Pero esta pregunta quedó sin respuesta. Los pastores repitieron la pregunta una y otra vez, interesados por saber algo de esa tierra de la cual nunca habían oído hablar, pero Tobias no contestó nada, ni siquiera alzó su mirada, y el ciego siguió sentado, mirándolos con sus ojos sin vida.

—La Tierra Santa —murmuraron entre sí los pastores, y luego ellos también permanecieron en silencio. Era visible que tenían muchos deseos de saber algo de esa tierra de tan extraño y desconocido nombre, pero no podían saciar su curiosidad. Tal vez los dos forasteros tampoco sabían nada de ella ya que nunca estuvieron allí, ya que nunca pudieron llegar hasta ella.

Tal vez fuera una tierra en la que nunca estuvo nadie.

Volvieron a sentarse y quedaron un tiempo sin hablar. Con su tranquilo y pacífico modo de ser, los pastores parecían acostumbrados a sentarse juntos y

quedarse en silencio. Eran unos hombres viejos y gastados y sin embargo había algo en ellos que era como si no tuvieran edad, algo que hacía imposible adivinar qué edad podían tener.

Por fin uno de ellos, volviéndose hacia Giovanni, le preguntó:

—¿Tú no eres ciego?

Giovanni hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Cómo has quedado ciego? —preguntó el otro.

—No sabemos cómo —se apresuró a contestar Tobias antes que pudiera hacerlo el ciego—. Tal vez alguien se ha vengado de él.

—¡Ah! Es así. ¿Quién puede ser?

—Y, quizás Dios.

—¿Dios?

—Sí. Pero de eso no tenemos ninguna seguridad.

—¿Por qué tendría que vengarse Ese que tú has nombrado?

—Porque blasfemó contra Él. Pero, como he dicho, no tenemos ninguna seguridad de que así sea. Puede ser que sólo se trate de una ocurrencia mía.

Uno de los pastores se volvió hacia el ciego.

—¿Y tú, qué piensas de eso?

—Yo dudo que exista Ese de quién él está hablando. Pero si existe puedo creer que tiene razón.

A Tobias pareció inquietarlo esa respuesta y pareció considerarla como si fuera una blasfemia. Los pastores tampoco parecieron satisfechos con esa forma de hablar del ciego. Se quedaron mirándolo, observando su rostro enérgico y envejecido, su cuerpo fatigado y grande. Su ancho pecho velludo sobre el cual, entre los pelos grises, colgaba de una gastada cadena algo que les despertaba curiosidad.

—¿Qué es eso que le cuelga sobre el pecho? —preguntaron a Tobias de modo que el ciego no pudiera oírlos.

—Es un medallón —contestó Tobias. Fue como si no hubieran comprendido.

—¿Un medallón? ¿Qué es eso de medallón?

—Bueno, en realidad es algo que no tiene nada de extraordinario. Pero en él se acostumbra guardar algo que puede ser muy valioso y muy querido para el que lo usa. Por eso se lo lleva sobre el pecho, apretado contra el corazón, porque es algo de lo cual uno no quiere separarse nunca.

—Ah, sí...

—¿Y qué es lo que él guarda allí?

Tobias eludió la respuesta.

—Comprendemos. Debe ser un secreto.

—Sí.

—¿Tú sabes lo que guarda? O él es el único que lo sabe?

Tobias permaneció un momento callado.

Luego respondió:

—Está vacío.

—¿Vacío?

—Sí.

—Vacío...

—¿Entonces no tiene ningún valor?

—Eso es lo único que posee, y a menudo he observado que tiene miedo de perderlo. No creo que pueda vivir sin él.

—¿Aunque esté vacío?

—Sí.

—¡Qué extraño!... ¿Cómo puede atribuirle tanto valor si está vacío? ¿Si no guarda lo que se desearía guardar en él?

—Es algo que no entendemos. ¿Podrías tú explicarnos eso?

—No todas las cosas pueden explicarse. Son así, nada más.

Los pastores quedaron en silencio. Sus pequeños ojos serios y cansados miraban eso que colgaba entre los pelos grises del pecho del anciano pero ya no preguntaron más.

—Sí, sí —murmuraba uno de ellos—. Eso es verdad. Hay muchas cosas que no tienen explicación. Son como son, y nada más.

De nuevo se oyeron pasos y voces, y un ruido de pezuñas fuera del templo. Debían ser otros pastores que llegaban con sus animales, atraídos por el humo del fuego. Las cabras se amontonaban entre los bloques y asomaban sus cuernos puntiagudos entre las columnas, observando a los dos forasteros con sus miradas penetrantes. Evidentemente, era a ellos a quienes observaban y no a los dos pastores que fueron reconocidos en seguida, su curiosidad se centraba sobre esos dos seres diferentes de los que estaban acostumbradas a ver. Afuera fue juntándose también un hato de ovejas que empezaron a arrancar las hierbas secas sin mirar para nada en derredor, y sin entrar al templo como las cabras. Los hombres también empezaron a dejarse ver y fueron acercándose rodeando a los otros cuatro junto al fuego. Al aproximarse saludaban pero no decían nada y fueron sentándose en semicírculo, con las piernas cruzadas y los cayados sobre las rodillas. Parecían tener la misma edad que los otros dos, pero si era o no así resultaba muy difícil saberlo ya que todos tenían una edad indefinida y sólo podía afirmarse que no eran ni jóvenes ni de mediana edad pero que habían vivido mucho.

Los recién llegados no querían mostrarse sorprendidos delante del par de forasteros y por consiguiente no hicieron ninguna pregunta. Mas al cabo de un rato los dos pastores que fueron los primeros en descubrirlos empezaron a referirles cuanto sabían sobre Tobias y sobre el ciego y su extraño destino. Los otros los escuchaban con mucha atención y también se mostraron muy

asombrados ante eso de que los forasteros habían llegado del mar, como si del mar no pudiera esperarse nada en absoluto. Pero lo que mayor asombro les causó fue oír que en realidad iban en camino de la Tierra Santa, dirigiéndose hacia algo que podía llamarse así.

—¿La Tierra Santa? —repetían en voz baja, mirándose unos a otros, sorprendidos. ¿Qué clase de tierra era ésa? De buena gana hubieran deseado saber qué era eso, oír hablar algo de eso. Pero los dos pastores abandonaron el tema sin dar mayores explicaciones, sin agregar nada sobre ese curioso nombre. Tal vez porque ellos no sabían nada y quizás también porque los mismos forasteros lo ignoraran puesto que nunca habían estado allí, ya que hacia allí iban por primera vez. ¿La Tierra Santa...?

Todos se quedaron meditando sobre lo que esa tierra podía ser.

—¿Santa? ¿Qué es eso? —preguntó uno de ellos mirando a Tobias y al ciego con sus dulces ojos viejos. Pero se quedó sin obtener respuesta.

Después les contaron también lo del medallón que el ciego llevaba sobre el pecho, ese medallón que estaba vacío pero que a pesar de todo el ciego tenía miedo de perder; el medallón que pudo contener algo muy valioso pero que aun sin ser así, era de tanta importancia conservar. A pesar de llevar algo tan imprescindible sobre el pecho, el ciego no era un hombre feliz y además había sido objeto de la venganza de un desconocido, siendo ésta la razón de su ceguera.

Giovanni parecía indiferente a cuanto se hablaba al respecto, pero si se sentía en realidad indiferente, era algo que no podía saberse.

Un rato después dejaron de hablar y permanecieron callados guardando un silencio al que sin duda alguna estaban acostumbrados. Al partir formularon amables ofrecimientos de ayuda a los forasteros en todo lo que estuviera a su alcance... lo que no era mucho, por lo cual pedían disculpas. Y, dicho eso, se fueron. Las cabras, que estuvieron dando vueltas por el templo, frotando los hocicos contra las columnas y olfateando por los altares, los siguieron. Se alejaron saltando con agilidad por encima de las piedras hasta que el hato, rodeando a los pastores desapareció poco a poco sobre la llanura. Giovanni y Tobias se quedaron sentados junto al fuego.

Allí permanecieron hasta que se apagó la última llama, y la única novedad que se produjo fue que un hombre completamente calvo asomó su cabeza de pájaro por entre los pilares del templo y los observó con sus agudos ojos de ave de presa. Después desapareció sin ser advertido. Tobias no lo vio: sólo los ojos del ciego se dirigieron hacia él sin poder verlo.

Ahora Tobias y Giovanni vivían entre los pastores y compartían su existencia en la desolada y ventosa costa marina sin tener que cuidar ningún hato, refugiados en los restos del viejo templo y no en una de esas chozas de ramas y greda parda que construían para sí los pastores y que apenas si se distinguían cuando uno paseaba la vista por el paisaje con el cual se confundían. Los pastores los visitaban a menudo llevándoles quesos y leche de cabra, chalana, y a veces también carne fresca, que Tobias podía cocinar en el fuego. De vez en cuando les llevaban también algunas hierbas de distintas clases, enseñándoles a preparar con ellas unas sopas que resultaban muy apetitosas y que, según decían, eran muy saludables. Eran hierbas que sólo se conseguían en determinados lugares difíciles de encontrar, sobre todo aquéllas que daban mejor gusto. Cuando Tobias preguntaba cómo se llamaban le respondían que ellos no les daban ningún nombre, lo único que sabían era dónde encontrarlas. Quizá en algún tiempo pasado tuvieron un nombre, pero esos nombres se habían olvidado. Durante esas visitas los pastores solían sentarse y charlar en amable camaradería, no mucho rato pero sí el tiempo suficiente para demostrarles que a pesar de ser más bien taciturnos les agradaba conversar con ellos. En la conversación les hablaban de su vida, les contaban cuáles eran sus quehaceres diarios y que con mucha frecuencia tenían que llevar sus animales a unos extensos campos donde había buenos pastos. Lo más difícil era encontrar el agua que necesitaban las bestias porque el viento permanente secaba las fuentes.

Una vez Tobias les preguntó a quién pertenecían los animales que cuidaban.

Hasta donde ellos podían saber esos hatos no pertenecían a nadie. Pudiera ser que alguna vez hubieran pertenecido a alguien pero eso debió de haber sido hacía mucho, muchísimo tiempo.

Pero, entonces, ¿les pertenecían a ellos mismos?

No, no creían que fuera así. No pensaban tal cosa.

En actitud mesurada y cordial, como siempre, se ponían de pie, se despedían y los dejaban solos en su templo.

Éste se había convertido ahora en su hogar y los pastores estaban ya acostumbrados a ver el humo que allí se levantaba lo mismo que en cualquier otra vivienda humana. A propósito de esto los forasteros les dijeron que en realidad no los consideraban como seres humanos sino como algo diferente. Pero qué quisieron decir con eso, era algo que no se podía comprender.

Tobias y Giovanni se hallaban bastante cómodos en este su hogar a pesar de que no era muy grande la protección que les ofrecía contra el soplar del viento y los fríos de la noche. Tobias lo mejoró un tanto, levantando una

pequeña pared de barro y ramas por la parte donde no existía ningún muro, con lo cual obtuvo una mayor defensa para su fogón y para sus horas de sueño. Tobias hizo también otras mejoras, haciéndolo más cómodo y agradable, de modo que el rincón del templo donde se refugiaron fue tomando cada vez más el aspecto de una vivienda humana.

También observó en forma más detallada el templo y le describía sus hallazgos al ciego, cuyos conocimientos artísticos eran mayores, aunque ya no tuviera rojos para verlas por sí mismo. Así fue cómo descubrió, no lejos de lo que llamaba su hogar, una construcción de forma cúbica, levantada con piedras esculpidas, con sus lados llenos de grabados y símbolos sagrados y una extraña y casi espantosa cabeza animal en sus cuatro esquinas. Allí condujo al ciego, y tomándole la mano hizo que sus temblorosos dedos siguieran las líneas de los símbolos y reconocieran la cabeza animal que tenía unos cuernos retorcidos, como los de un carnero, y un desagradable hocico entreabierto.

—Este debe ser un altar —dijo—. Aquí tienen que haberse efectuado los holocaustos en honor del dios que aquí residía, el dios a quien estaba consagrado este templo. Parece que estuvo mejor conservado que el resto del edificio: por qué, no sé, pero el altar es el lugar más sagrado en todos los templos.

También descubrieron que el templo había sido edificado con una especie de roca volcánica. Pero el altar era de una dura piedra inalterable que Giovanni comprendió que debía ser mármol, aunque se hallaba algo destruida y, según explicó Tobias, muy oscurecida, casi parda por obra del tiempo y de los vientos.

—Algunas duran mucho tiempo —dijo el anciano ciego—, otras muy poco.

De esa manera aprendieron a conocer el lugar donde se habían refugiado, el sitio sagrado donde les tocaba vivir. Se acostumbraron a habitar en ese paraje, lo mismo que a sentarse a escuchar el susurro del viento entre las derrumbadas columnas, y a mirar los secos cardones crecidos entre las grandes piedras desparramadas sobre el suelo. Y al caer la tarde Tobias solía sentarse a contemplar el desierto paisaje y veía, allá lejos, cómo algunos pastores conducían sus hatos.

Pero nunca más volvió a mirar el mar, no obstante el hecho de haber llegado desde el mar. Tampoco había allí nada que ver. Nunca asomaba una vela, jamás un barco de cualquier clase que fuera. Al igual que los pastores, dejaron ellos también de pensar en el mar y de esperar nada que de allí pudiera provenir.

A veces sucedía, sin embargo, que Tobias estuviera largo rato contemplando las montañas que bordeaban la costa e iban adentrándose hacia el

interior. Le parecían algo extraño; pensaba que, en cierto modo, eran algo irreal. ¿Qué secreto podían ocultar? Permanecían siempre envueltas en una atmósfera crepuscular o de media luz que no permitía descubrir nada que no fuera su esterilidad, su completa desnudez, y quizá un estrecho sendero trepando por ellas, aunque tampoco era seguro que existiera pues resultaba muy difícil distinguirlo.

Tobias solía quedarse largo tiempo buscando con la mirada ese sendero que nadie podía afirmar que existiera realmente.

Un día los pastores les prepararon una gran sorpresa. Llegaron a visitarlos en número mayor que de costumbre, mostrando un comportamiento bastante raro, murmurando entre ellos como si les costara mucho decidirse a decir lo que en verdad deseaban decir.

Pero por fin fue visible que había algo que querían mostrarles, un secreto que hasta entonces les habían ocultado celosamente, algo que ninguno de ellos les había descubierto ni anticipado jamás con ninguna palabra. Pero habían terminado por abandonar su vacilación y se habían puesto de acuerdo para comunicárselo.

Se alejaron juntos del templo, camino de la montaña, hacia un lugar donde Tobias nunca había estado antes. Casi junto al pie de la montaña se hallaba una choza tan humilde y disimulada, que con toda seguridad le hubiera sido muy difícil descubrir a quien ignorara el camino que llevaba hasta ella. Cuando estuvieron cerca advirtieron, a la entrada de la choza, un hombre que los saludaba sin decir nada, como en ellos era costumbre. Vestía como un pastor, lo mismo que los otros, y lo único que lo diferenciaba mucho de los demás era el hecho de ser un hombre de mediana edad. Tenía un rostro iluminado y franco, y les sonreía con expresión amistosa y un tanto tímida, mientras observaba a los dos forasteros con la seriedad de sus ojos oscuros. Algunos de los pastores conversaron con él en voz baja y daba muestras de asentimiento con la cabeza. Luego uno de ellos, con aire muy circunspecto, penetró en la choza y miró en su interior. Entonces cayó de rodillas, como si lo hiciera ante algo que se encontraba allí adentro, aunque tal vez sólo fuera para ver mejor. Entraron también otros pastores, examinando el interior lo mismo que el primero, y algunos de ellos se arrodillaron como él.

Tobias no comprendía nada. Pero entonces uno de los pastores lo condujo hasta la entrada de la cabaña para que él también pudiera ver. Entró agachándose en la semioscuridad tratando de descubrir algo en el interior. Allí estaba, en una cesta de mimbre trenzado, sobre un blando lecho de paja, un niño que agitaba sus bracitos y piernitas gorduzuelas, evidenciando su satisfacción por el hecho de que tanta gente fuera a verlo y saludarlo. Los miraba con unos ojos iluminados y sonreía contento con su boca desdentada en la que apenas comenzaban a asomar dos dientecitos blancos. Era un varoncito, de ello no cabía duda, porque estaba desnudo del todo y apretaba con fuerza

sus pequeños puños al agitar sus brazos. Se lo veía muy sano y fuerte, y en la comisura de los labios se le descubría un poquito de la leche de cabra con que lo alimentaban.

De cuando en cuando dejaba oír unos grititos de alegría, y una vez tomó el dedo con que lo estaba señalando un anciano pastor. El viejo se puso tan contento que casi se le saltaron las lágrimas: tanta era la alegría que sentía.

Una vez que todos vieron lo que había en el interior de la choza se mostraron visiblemente curiosos por ver cuáles serían las reacciones de Tobias, por saber qué pensaría del niño y escuchar las expresiones de su admiración. De que tenía que sentirse admirado, ninguno podía dudarle. Y así era, en realidad, y Tobias se expresó en un lenguaje tan elocuente como le fue posible. Sin embargo, quizás no satisfizo por entero las esperanzas de los ancianos, porque estaba tan asombrado de lo que veía que sus pensamientos estaban más ocupados en ello que en lo que decía. De pronto se calló y guardó silencio, mientras los pastores se quedaron pensando cuál sería la razón de que no siguiera hablando.

Nadie comprendía qué podía estar sucediendo en el fondo de su alma, qué imágenes podían estar cobrando vida en su pensamiento que le resultaban tan difíciles de explicar. Y a nadie podía ocurrírsele que estuviera tratando de hacerla. Lo único que hacía era quedarse ahí de pie, mirando delante de sí, como si estuviera ausente. En la choza entraron todavía dos pastores más, miraron en derredor y se arrodillaron.

Junto a Tobias se hallaba el ciego. Estaba turbado porque no tenía idea de lo que pasaba ni podía adivinar cuál era el sentido de lo que se decía. Tobias le dijo algo en voz baja, luego le tomó la mano y lo condujo hacia la entrada como si pudiera ver. Allí volvió a hablarle en voz baja y trató de explicarle cuál era la causa de que todos se sintieran tan felices. Pero la explicación no fue bastante clara. Para el ciego todo era oscuridad y no entendió nada.

Entonces los pastores le pidieron al padre que les contara a los forasteros cómo había llegado el niño hasta allí y que les hablara de la madre, que ya no existía. Porque la madre del niño había muerto, aclararon, de modo que ya no contaba más que con ellos. Con su padre y con ellos.

Y el padre comenzó a referir, con alguna lentitud al principio, cómo el niño había nacido allá arriba, en la montaña, en una región que era distinta, por completo, de ésta. La madre había sido muy dichosa mientras lo tuvo consigo. Todo había resultado perfecto en aquel tiempo. Ella había sentido tanta tranquilidad y tanta confianza, y la vida había sido para ella tan rica como nunca y no sólo porque así la contemplara en derredor sino porque así la sentía en sí misma. Sí, era un hijo, en realidad, lo que hacía la felicidad de una madre.

El nacimiento había sido difícil y durante el corto tiempo que vivió después había sufrido mucho aunque no lo dejaba ver. Tampoco dejó ver cuánto

la hacía sufrir el tener que morir... si es que sufría por eso. Son cosas que nadie supo nunca, ni cuáles fueron sus sentimientos estando condenada a dejar la vida en plena juventud. Pero lo curioso fue que cuando comprendió que el final estaba próximo pidió que le colocaran al niño contra el pecho y que estuviera allí cuando muriera para que así, según dijo, conociera la muerte en su propia madre. Y así fue. Pero el padre estaba muy extrañado por todo eso.

Entonces, cuando la madre expiró, oyó dentro de sí una voz diciéndole que debía tomar al niño en sus brazos y descender la montaña y vivir entre ellos, aquí abajo. Pero por qué oyó esa voz y por qué había de obrar así, lo ignoraba.

A los pastores siempre les emocionaba esta última parte de su relato. Les agradaba escucharlo, pero no esa parte que se refería al niño pegado al pecho de la madre muerta. Y comenzaron a recomendarle al padre en forma vehemente, que fuera muy prudente con el pequeño, que no lo dejara nunca solo, que ellos se encargarían de cuidar sus cabras para que siempre pudiera estar al lado del niño o por lo menos muy cerca de la choza. También le daban consejos y le sugerían reglas para la crianza del niño, aunque pese a toda su buena voluntad no podían ser muchos sus conocimientos sobre la materia. El padre, con sonrisa cordial, les respondía que no debían sentir ninguna preocupación por eso y rechazaba su ofrecimiento de cuidarle el ganado. Quería realizar su trabajo lo mismo que los demás pastores y lo peor que podía suceder, alejarse de la choza, no lo hacía nunca. Los pastores lo escuchaban y sacudían la cabeza porque no quedaban muy tranquilos.

Después se iban, cada cual a su vivienda. Cuando Tobias y Giovanni regresaron a lo que era su hogar en el templo, Tobias le contó al ciego, con todo detalle, cuanto había pasado en la choza, cómo los pastores se habían arrodillado ante el niño, como si lo adoraran, aunque no habían hecho eso, eso no se podía decir. Pero de todos modos... ¡qué extraño! y qué extraño lo de ese hombre que había bajado de la montaña con el niño en los brazos para que pudiera vivir entre los pastores, y lo de esa madre que parecía haber sido la más bella de las mujeres pero que había iniciado a su hijo en la muerte teniéndolo al expirar contra el pecho.

Giovanni convino en que eso era muy extraño. Permaneció largo rato callado y pensativo. Luego dijo que también existía otro niño dios cuyo destino lo unió al principio a los pastores tal como éste en el que Tobias estaba pensando. Pero Tobias no le hizo ninguna pregunta sobre aquél, para él éste era el único que existía. Y cuando cayó la noche y se fueron a acostar se tendió en la oscuridad y pensó en este niño que ahora dormía tan tranquilo y confiado en casa de su padre, en la pequeña choza que existía al pie de la montaña misteriosa. Advirtió que él también temía por lo que al niño pudiera sucederle.

Hasta que se durmió con el ruido del viento en los secos cardones que rodeaban el viejo templo derruido.

Tobias desenterró un dios. Un dios que estaba bajo tierra desde quien sabe cuando, que reía con una horrible sonrisa. Resultaba imposible saber cuál era el significado verdadero de la sonrisa. Nadie podía explicarlo. Ni el mismo Tobias que fue el primero en verlo, ni los pastores, ni Giovanni que lo palpó con sus viejos dedos temblorosos, ni el calvo que llegó en actitud furtiva porque había oído hablar de esa imagen de piedra, y la estuvo observando largo rato con sus penetrantes ojos de pájaro sin decir nada. Nadie comprendía esa sempiterna sonrisa, cuál era su íntimo sentido, qué secreto ocultaba desde hacía tanto, tanto tiempo. ¿Habría podido alguien comprenderla alguna vez? Era impenetrable, completamente indiferente al mundo de los hombres, ajeno a él, en absoluto, ajeno a todo. Y no obstante, o tal vez por eso mismo, producía una espantosa impresión a quien la examinaba, como si todo ese poderoso rostro de piedra, cuya áspera superficie, color pardo rojizo, estuviera cubierta de sangre envejecida. La piedra que en algunas partes podía verse era tan oscura que difícilmente podía ser de la misma clase que la del altar, aunque también pudiera serlo. Tobias la encontró entre los restos de los antiguos muros del templo pero en un lugar apartado hasta donde iba muy rara vez. Despertó su curiosidad porque era algo que no se parecía a los otros bloques de piedra que yacían por el suelo y estaba trabajada de un modo bien diferente. Pero lo que pudiera representar ni siquiera podía imaginarlo.

Tampoco pudo imaginarse nada cuando la colocó en la posición que quizá tuvo antes de que el templo se arruinara, cuando se le atribuía un poder misterioso. No creyó que pudiera tratarse de la imagen de algún dios, eso era algo en que no podía ni pensar. El único que pensó en eso fue Giovanni, quien no creía en dioses o por lo menos no quería creer. Giovanni dijo que dios, si existe, bien podía tener también ese cruel aspecto tétrico y no ser, en forma exclusiva luminoso, bueno y afectuoso como todos los hombres deseaban concebirlo. Que la divinidad, si existe, debe ser mucho más comprensiva y sutil que como los hombres gustan imaginársela y ser así, por consiguiente, más verdadera. Porque esa imagen simple y uniforme no puede ser verdadera, ni siquiera posible.

¿Pero, este templo habría estado consagrado precisamente a esa divinidad? Era imposible saberlo. Su imagen se hallaba apartada, como se ha dicho. El altar, la piedra más sagrada, pudo estar dedicada a algún otro dios. Porque no hay un solo dios.

Ese rostro de piedra volvía ahora a estar en su lugar, así como lo que podía proponerse con su mirada indiferente e inquietante. Y de noche su horrible sonrisa penetraba las sombras, esa sonrisa que durante tanto tiempo había estado sepultada bajo tierra, entre las ruinas, pero que no por eso había

La Tierra Santa

cambiado y como si todavía estuviera penetrada por la rojiza tierra parda del templo que parecía sangre envejecida.

Unas aves enormes comenzaron a volar sobre la costa desolada, sobre la tierra de los pastores. Al principio unas pocas, después más y más. Grandes aves silenciosas que se deslizaban sin agitar sus gruesas y anchas alas, con los cuellos estirados y las cabezas apenas inclinadas hacia abajo para ver lo que podían encontrar en la tierra. Nadie podía explicarse por qué llegaban, ni de dónde. Era algo que antes no había sucedido nunca. Y si había sucedido alguna vez debió de haber sido hacía tanto tiempo que ya nadie lo recordaba. Sólo llegaban desliziéndose sin cesar, en grandes cantidades, de día y de noche, siempre silenciosas, en forma casi pavorosa.

Al fin descubrieron qué era lo que las atraía. Se las vio reunirse junto a los animales muertos, carneros y cabras, en los campos de pastoreo. Una bandada entera devoraba el mismo cadáver, despedazaban la carne con los garfios de sus garras poderosas, vigilándose unas a otras con sus venenosas miradas amarillas. Como no alzaban el vuelo cuando alguien se les aproximaba era posible observarlas con detenimiento y ver cómo eran: distintas a como se las veía cuando se deslizaban por los aires. Eran repugnantes, de color amarillo sucio, con la parte inferior de las alas sucias de tierra y de los restos que se les pegaban en el inmundo banquete. Las cabezas eran calvas y el buche les colgaba con su piel arrugada: daban asco. No eran, como hubiera podido creerse, unas orgullosas aves de presa. No eran más que repulsivas.

Era imposible ahuyentarlas, no abandonaban su tarea. Después de todo para qué se las iba a ahuyentar si los animales muertos expelían tal mal olor que lo mejor era que se los comieran. Esas aves repugnantes no dejaban más que los esqueletos blancos y limpios.

¿Pero por qué morían los animales? Los pastores no lo comprendían. ¿Por qué había caído sobre ellos semejante desgracia? Habían seguido cuidando su ganado como siempre, tal como lo venían haciendo desde tiempo inmemorial. ¿Por qué sucedía eso?

Les sorprendía ese cambio que se operaba en su mundo. Les producía una inquietud que antes, nunca habían conocido.

Cada vez era mayor el número de animales que encontraban muertos, poco costaba descubrirlos entre las bandadas de buitres que los rodeaban. A las aves en realidad no era fácil verlas porque eran del mismo color de la tierra, se confundían con sus terrones. Pero sacudían sus sucias alas amarillas mientras devoraban, y así se las descubría desde lejos, hasta cuando uno de los animales caía sacrificado a ese destino que se le enviaba desde las alturas, desde el cielo. Los pastores no consideraban lo que sucedía como un mal, sino como la fuerza de un destino que se les imponía a ellos y a su ganado, y que era incomprensible

porque jamás había pasado nada semejante.

Los dos forasteros decían que eso era una epidemia, pero para ellos también significaba una inmensa desgracia y veían una gran amenaza en esa extraña e inexplicable muerte de los animales y en esas aves enormes que llegaban en bandadas, silenciosas, como de ninguna parte y que al principio parecía un soberbio mensaje enviado desde alguna ignota lejanía y que luego resultó ser esas aves repugnantes cuyo vuelo era guiado por el olor de los cadáveres en descomposición. Y ellos también se preguntaron: ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué sucede algo semejante en esta tierra donde nunca pasa nada?

¿Quién era en realidad el calvo? A veces surgía de repente, y así volvía a desaparecer. Largo tiempo pasaba sin que se lo viera, no se lo veía nunca. ¿Dónde estaba entonces?

¿Era pastor? Apenas si parecía serlo, era difícil imaginarse que tuviera algún ganado y que lo cuidara lo mismo que los otros. No tenía nada de común con ellos. No se les parecía en nada.

A veces Tobias pensaba preguntarles sobre él. Pero nunca lo hacía. Lo curioso era que si lo hubiera hecho no habría obtenido ninguna respuesta: cuando más, una respuesta evasiva, como si no supieran nada. O quizás fuera así. Quizá en verdad no sabían nada de él.

De repente volvió a aparecer. ¿De dónde? Nadie podía decir lo, nadie lo había advertido. Lo único cierto era que ahí estaba. Se encontraba ocupado en algo fuera del templo y varios grupos de pastores se reunieron en torno de él para ver lo que hacía. ¿Por qué vinieron? ¿Cómo pudieron saber que estaba allí y qué hacía?

También fue Tobias, para enterarse de lo que pasaba. Pero Giovanni, que en los últimos tiempos había comenzado a debilitarse cada vez más, se quedó en su cama de juncos, dentro del templo, y esperó a que el otro le contara todo cuando volviera.

Al principio Tobias no vio nada. Los pastores habían formado un círculo y parecía que no les agradara la idea de que pudiera introducirse entre ellos para poder ver. El calvo estaba recostado en el suelo y en sus largas manos flacas tenía una de las repugnantes aves, aunque no era tan grande como las que se veían por lo común junto a los cadáveres. Era un pichón y tenía un ala lastimada, razón por la cual había estado arrastrándose por el suelo y así pudieron agarrarlo. Ahora estaba con las dos alas abiertas, con el pecho hacia arriba, abandonado sin esperanza en manos de su verdugo que visiblemente se proponía torturarlo. Se defendió luchando con todas sus fuerzas y era curioso ver cómo permanecía siempre en silencio, sin gritar ni siquiera cuando le rompieron las alas para que se quedara quieto. Más que lamentarse se resignó a ser torturado de cualquier modo.

El calvo, mientras tenía sus manos ocupadas con el ave, conservaba un

cuchillo entre sus dientes. Luego, cuando quedó con las manos libres, tomó el cuchillo y abrió al pichón de arriba abajo de un solo tajo. Lo dividió así en dos mitades cuyo interior se puso a examinar con minuciosa atención mientras el pequeño corazón del ave todavía continuaba latiendo. No tardó en morir. Pero el calvo siguió examinando las entrañas, inclinado sobre ellas, parecido él mismo a un pájaro con su minúscula cabeza sin pelos y su cuello flaco. Tobias observó que las entrañas parecían muy limpias e inofensivas y se sorprendió de que no expelieran ningún mal olor: en efecto no daban ningún olor, aun cuando el pobre pichón pertenecía a una especie que se alimentaba de carroñas.

Le era difícil comprender el significado de lo que presenciaba. Pero uno de los pastores le susurró una breve explicación. El calvo, cuya sabiduría era mayor que la de cualquier otro, quería descubrir qué significaba esa terrible fatalidad, que había caído sobre ellos, de la llegada de esas aves perversas y desconocidas y cómo podían defenderse contra tan cruel fatalidad. Esa era la razón por la cual les interesaba tanto lo que estaba haciendo. Y cuando Tobias se puso a observar las caras de los pastores pudo advertir que todos estaban excitados y que seguían las acciones del calvo con una atención extraordinariamente intensa. Pero lo más curioso era que lo que estaban viendo parecía proporcionarles una especie de satisfacción o alivio ante el espectáculo del pobre prisionero torturado y que con eso se vengaran de lo que les había sucedido. Sin duda ellos no tenían conciencia de esto, pero eso era lo que sus rostros descubrían. Lo curioso era que hasta ahora esos rostros siempre tuvieron una expresión serena y dulce, y que Tobias siempre asoció esa serenidad a su manera de ser. Ahora se les veía bajo un aspecto muy distinto y era imposible que eso pasara inadvertido.

Cuando volvió al lado del ciego le contó lo que había visto. Giovanni encontró que la conducta del calvo era, en extremo extraña y nada conforme con lo que hasta entonces habían observado, aun cuando quizá la comprendiera y a pesar de que dada su desconocida sabiduría no pudiera asombrarse de nada. Pero aquello que más le interesó al viejo fue lo que Tobias le relató de los pastores, de cómo sus rostros se transformaron cuando vieron torturar al pichón y del alivio que parecieron sentir al verse vengados en parte, y asimismo en lo que debía ser considerado inocente en absoluto. Eso confirmaba la idea que se había hecho de los hombres, una idea que estos cándidos pastores pudieron contradecir con su afabilidad y su bondad y con su adoración del niño que había venido a ellos y que estaba en una choza, sobre un lecho de pajas, esperando volver a su reino milenario.

Lo que el calvo descubrió con su examen de las entrañas del ave no le reveló nada, pero alguna relación tuvo eso con el cordero que se sacrificó algún tiempo después en el altar del viejo templo derrumbado. Ningún cambio se había producido en la epizootia que devastaba el ganado y era necesario hacer algo para poner fin a esa adversidad y para apaciguar a alguien... ¿A quién? Eso nadie lo sabía, y tampoco el calvo que, ante el altar, el sitio más sagrado, dejaba que el cordero sacrificado se desangrara con tanta lentitud como fuera posible para apaciguar al desconocido y a sí mismo.

Dentro del templo se hallaban reunidos todos los pastores, no unos cuantos, sino todos. Con sereno recogimiento presenciaban aquello sin comprender el significado. Afuera, casi hasta donde alcanzaba la vista, estaban los hatos, los que también parecían participar en lo que sucedía allá adentro. Nadie los había llevado hasta allí, pero ellos habían seguido a sus pastores y allí estaban reunidos.

Y el cordero se dejaba sacrificar sin quejarse, como si comprendiera lo que con ello se pedía y que eso debía suceder. Ni siquiera opuso resistencia, como hizo el pichón que hasta el último instante luchó en manos de su asesino. No opuso ninguna resistencia, no hizo más que dejarse sacrificar. Y una vez más el antiguo altar se manchó con sangre. Con sangre inocente. Una vez más. Y con seguridad que no sería la última vez.

Afuera, en un lugar apartado, estaba el destronado y luego desenterrado dios sonriéndoles con su horrible sonrisa a los que se hallaban ocupados en el sacrificio.

Y el sacrificio no sirvió para nada.

Una mujer descendió desde la montaña. Llevaba en la mano una cesta redonda, de mimbre trenzado, y en el interior de la cesta una pequeña serpiente venenosa. La cesta estaba cerrada con una cerradura circular y la llevaba con un cordón que también era de mimbre. Descendió paso a paso la falda de la montaña y nadie la vio acercarse.

Cuando llegó a la tierra baja se encontró exactamente frente al templo, aunque a cierta distancia, y avanzó sin desviarse hacia él. Tobias la vio llegar y se sorprendió muchísimo porque al instante advirtió que se trataba de una mujer. Su sorpresa no fue menor cuando avanzó hacia ellos y, como si fuera algo natural, se sentó junto al fuego, como si la hubieran estado esperando. Miró las llamas que se alzaban serpenteando a lo largo del muro del templo, de lo que quedaba del muro.

—Este no es el fuego de ningún sacrificio —dijo—. Pero la leña es de un árbol que en un tiempo fue sagrado. Veo que aquí hay raíces de ese árbol, y que arden con mucha dificultad.

Tenía una voz cálida, pero era una voz de mujer, no de hombre.

—¿Por qué viven ustedes aquí? Esta no es una casa dispuesta para los hombres. Y ellos la han abandonado hace ya mucho tiempo.

—Hemos llegado hasta aquí desde el mar —dijo Tobias—. Y no porque lo hubiéramos deseado. Estábamos en camino de otra tierra muy diferente.

Ella asintió con la cabeza, como si lo hubiera sabido.

—¿Eres tú el que es peregrino?

—Sí —contestó Tobias—. O por lo menos lo he sido alguna vez.

Ella volvió a mover la cabeza, era como si lo supiera todo.

—¿Y el ciego? ¿quién es? Él no es de los que se dirigían a la Tierra Santa, de seguro que no podía ser.

—No —le contestó el mismo Giovanni; y aunque su voz era débil habló con mucha decisión, casi con violencia.

Sus fuerzas habían disminuido tanto que parecía que ya no habría de vivir mucho tiempo, pero cuando le tocaba responder a una pregunta semejante volvía a mostrar toda su obstinación.

—Yo no me dirigía a ningún lugar semejante —agregó.

—Lo sé. Pero de todos modos te desembarcaron aquí y tuviste que venir a vivir en un templo, aunque sea un templo en ruinas desde hace mucho. Pareces perseguido por tu destino.

—¿Destino? Yo aquí me acuesto en cualquier parte, en un lecho de ramas, entre las sombras, y si es o no un templo es algo que a mí no me importa. Para mí no existe ningún templo.

—Para mí tampoco. He visto muchos convertidos en ruinas, y al final todos se derrumbarán. ¿Y entonces? ¿Qué pasará entonces?

—Eso a mí no me interesa.

—A mí tampoco. Tú y yo podemos hablar. Rara vez le digo esto a alguien. Los dos nos entendemos. Tú has averiguado mucho, como yo también he estado obligada a hacerlo... y, con cierta frecuencia, sin que me agrade. Los hombres tienen tantas esperanzas... ¿Para qué sirven? ¿Te sentirías, en verdad, más feliz si se cumplieran? ¿Lo crees así?

—No. Nunca lo he creído.

—¿Nunca?

Giovanni no contestó. Parecía sentirse algo extrañado por su manera de hablar y no podía verle la cara ni saber quién era.

—¿Supongo que no siempre has sido lo mismo que ahora? —prosiguió ella.

—No, puede ser que no. He vivido mucho.

—Si, así debe ser. Se te ve un poco cansado, como si ahora necesitaras reposar.

—Cansado no estoy. Pero todo tiene que terminar alguna vez, si es eso lo que quieres decir... ¿Quién eres tú, en realidad? ¿Y por qué has venido?

—Vengo a liberarte.

—¿A liberarme? ¿Pero de qué, pues?

La mujer de la cestita de mimbre permaneció un rato silenciosa. Después extendió una mano y tomó el medallón que colgaba sobre los pelos grises del pecho del anciano.

—¿Qué es lo que llevas sobre el pecho? —preguntó—. ¿Un medallón?

Giovanni se incorporó un tanto, como para mirar él también o para observar qué era lo que ella hacía.

Ella lo abrió.

—¿Sabes que está vacío?

—Sí.

—Sin embargo lo llevas sobre tu pecho, siempre sobre tu pecho. Es bien extraño. ¿Por qué lo haces?

—No puedo decir por qué. No lo sé.

—¿No?

—No. Si tú pudieras decírmelo sabrías mucho.

—Tal vez pudiera decírtelo. Pero ¿por qué habría de hacerlo?

Ella soltó el medallón. Se oyó un leve ruidito.

Pero en vez de dejarlo de nuevo sobre los pelos grises tomó en silencio la cabeza de Giovanni y le quitó del cuello la cadenita liviana.

—Ahora ya no sirve —murmuró en voz muy baja, como para sí misma.

Y la cabeza de Giovanni cayó sobre el lecho y estaba muerto.

Ella le acarició un tanto la frente.

—Ahora duerme en paz —susurró.

Y el rostro de Giovanni pareció serenarse, como si hubiera alcanzado un poco de paz.

Tobias se levantó, excitado, y se les acercó.

—¡Qué has hecho! ¡Qué le has hecho!

Pero cuando vio la cara del anciano se tranquilizó y se quedó allí, en silencio. Comprendió que algo había sucedido, algo que debía suceder.

En la mano de la mujer, una mano muy arrugada y descolorida, estaba el medallón con su liviana cadenita. Ella lo miró, y después alzó sus ojos hacia el que estaba a su lado.

—¿Qué haremos ahora con él? —preguntó—. Alguien debe conservarlo. ¿No es así?

Tobias no contestó.

—¿Quieres usarlo tú?

Tobias siguió sin contestar. Pero cuando ella extendió hacia él su mano con el medallón se puso de rodillas y dejó que se lo pusiera en el cuello.

El mismo día, hacia el anochecer, se supo que el niño de la choza había muerto. Lo descubrió el padre cuando regresó a la choza y en seguida lo comunicó a los pastores. Lo hizo con mucha serenidad y sin manifestar toda la hondura de su pena: al menos así les pareció a los pastores; era casi como si hubiera estado preparado para eso, como si hubiera estado esperando que sucediera, aunque pudiera no ser así.

Mucho más ofuscados estaban los pastores. Su consternación y su pena eran tan grandes que apenas podían dominarse, aunque ese esfuerzo era lo que más se les notaba. Lo que había sucedido era en extremo inconcebible para ellos y lo más espantoso que podía pasar. Tal era lo que sentían. Nunca habían tenido una idea clara de por qué el niño significaba tanto para ellos, y ahora mismo, que estaban tan llenos de desesperación y dolor por haberlo perdido, tampoco pensaban en lo extraña que era la íntima adhesión que habían sentido por él. Así sentían y eso era todo. Qué infinito vacío dejaba tras de sí ahora que no se encontraba en este mundo.

Le reprocharon al padre no haber vigilado al niño como era debido ni haberlo cuidado como debía haberlo hecho. Las cosas pasaron tal como las temieron y habían previsto. Pero ahora ¿para qué podían servir, en realidad, esos reproches? Y, al mismo tiempo, tampoco sabían en qué pudo consistir su negligencia si es que, en verdad, había existido. Porque, después de todo, tampoco sabían a qué podía atribuirse la muerte del niño. Nunca dio señales de estar enfermo y en su cuerpecito no descubrieron nada capaz de sugerirles lo que le había pasado, ningún signo por el cual se advirtiera alguna forma de violencia o cosa por el estilo, como no fuera una pequeñísima marca en el lado izquierdo del pecho, tan pequeñita que no podía significar nada en absoluto. La muerte del niño resultaba inexplicable.

Lo que podían reprocharle al padre era que no mostrara haberse afligido tanto como era de esperar y que, en cambio, demostrara resignación y tranquilidad. Pero eso era algo tan raro que preferían no tocar el punto. Esa actitud resultaba en cierta forma misteriosa. Su conducta para con el niño y también la que observó ante su muerte era totalmente distinta de la de ellos. No era tan constante como ellos, era como si de alguna manera estuviera consagrado.

Tobias también fue a ver al niño muerto. Tampoco pudo encontrar la causa de su muerte. Pero cuando le hicieron ver la minúscula marca que tenía en el lado izquierdo del pecho quedó tan confundido y perplejo que apenas pudo disimularlo... y mientras intentaba disimularlo aumentaba cada vez más su perplejidad. Porque vio lo que ninguno de los otros pudo ver y, por consiguiente, tampoco pudo comprender. Que ese insignificante e inocente puntito era ni más

Pär Lagerkvist

ni menos que una picadura de serpiente.

Y no sólo lo vio sino que comprendió su significado.

Cuando él y la mujer de la montaña estuvieron en el templo sentados junto al fuego, ella estuvo largo tiempo sin mirar otra cosa que las llamas y sin pronunciar una sola palabra.

Pero luego dijo algo que lo dejó muy sorprendido.

—¿Qué es eso del niño que cuidan los pastores?

Así había hablado sin levantar siquiera la vista ni volverse hacia él para mirarlo.

Pensando después en eso ya no encontró tan extraño que ella también lo supiera. ¿Por qué no habría de saberlo? Y aunque esa pregunta apenas si podía ser una pregunta, él le contestó que se trataba de un niño que se hallaba en una pequeña choza al pie de la montaña. Un hombre había descendido de la montaña trayéndolo en sus brazos porque la madre había muerto y porque había oído una voz diciéndole que debía proceder de tal manera. Y la madre tuvo que haber sido la más bella de las mujeres pero cuando le llegó la hora de morir rogó que le pusieran al niño contra el pecho para que pudiera conocer la muerte en su propia madre.

Así había contestado sin pensar en nada. Y era indudable que ella también lo sabía tan bien como él, así como sabía todas las cosas. Ella movió la cabeza en señal de asentimiento y después no preguntó nada más.

A partir de ese momento su curiosidad fue mayor por saber quién podía, en verdad, ser esa mujer. Cuando se lo preguntó en forma directa ella no le contestó nada, hasta simuló no haber oído lo que le preguntaba. Y cuando le preguntó si había venido desde lo alto de la montaña se limitó a mover la cabeza en señal de asentimiento. En definitiva se quedó sin haber averiguado nada. Allí estaban los dos, sentados junto a la lumbre, y ella miraba las llamas todo el tiempo. Era como si las llamas la tuvieran prisionera porque procedían de las raíces del árbol que fue sagrado alguna vez. Cerca de ellos, en su lecho de ramas, yacía el muerto, el que una vez fue ciego, y ahora dormía el sueño eterno, el comienzo del sueño eterno.

Ella había dejado junto a sí su cesta sobre el duro suelo. De rato en rato salía desde el interior de la cesta un levisimo ruido y Tobias pensaba qué podía ocasionarlo, de dónde podía proceder. Pero sabía muy bien que hubiera sido inútil preguntárselo a ella. En vez de eso —para descubrir por lo menos parte de su secreto— levantó apenas la tapa del canasto mientras ella permanecía sentada contemplando ausente las llamas del fuego, y vio que la cesta contenía una pequeña serpiente, una serpiente muy chiquita, que lo miraba con sus ojos crueles y la lengua fuera de la boca. La mujer no se dio cuenta de nada, o hizo como si no lo hubiera advertido, y él volvió a cerrar la tapa del canasto con tanta precaución como le fue posible para que ella no pudiera oírlo.

—Es muy venenosa —comentó ella, para asombro de él, sin volver siquiera la cabeza—. Pero no tiene nada que ver con tu destino. Es demasiado insignificante, como el de todos los seres humanos.

Quedaron todavía un rato sentados. Después ella se levantó. Tomó su canastita de mimbre con su cordón y los dejó a él y al muerto.

—¿Vas a regresar a la montaña? —preguntó él mientras ella se alejaba entre las columnas.

—Sí.

Y oyó el ruido de sus pasos por entre los secos cardos de la parte exterior del templo, y la vio cómo iba alejándose por la desierta llanura, camino de la montaña.

¿Era él el culpable de la muerte del niño? ¿O había sido un instrumento? Ella debía haber encontrado la pequeña choza, con seguridad sabía donde estaba. Lo sabía todo.

¿Pero era él de todos modos culpable? ¿O un instrumento? ¿O quién era ese niño?

"Tan insignificante como el destino de los hombres", había dicho.

¿Quién era ella que despojaba a los hombres de su esperanza, de su única esperanza mediante una serpiente venenosa?

Y que procedía así sin ningún placer.

Giovanni tuvo su tumba fuera del templo, en un lugar que con seguridad debió haber formado parte del interior del mismo alguna vez. Buen rato estuvo Tobias reflexionando si debía colocar o no en ella una cruz pero al fin pensó que eso hubiera sido un error. Porque en realidad nadie hubiera comprendido el significado de esa cruz, de ese recuerdo dedicado a alguien pero cuyo sentido los pastores ya no conocían y que por otra parte hubiera sido muy difícil explicarles.

Tobias acostumbraba visitar con frecuencia esa sepultura y sentarse a su vera sumiéndose en sus pensamientos. Pensaba en el hombre que en ella descansaba y en lo bien que le estaría descansar bajo esa tierra que en cierto tiempo fue sagrada, pero que había dejado de serlo. El hombre que había odiado todo aquello en lo que alguna vez creyó y a quien el inmenso e ilimitado mar le había demostrado que no iba a ninguna parte. De todos modos ahora había alcanzado por fin algo así como su destino y podía ser una sola cosa con esa tierra que ya no significaba nada y que podía encerrarlo en el inmenso abrazo del olvido. Esa tierra que después de todo era el postrer hogar de los seres humanos. ¿O acaso no era así?

Allí acostumbraba sentarse Tobias y meditar al lado de esa tumba que se hallaba fuera de las ruinas del templo, con el medallón vacío colgado de su cuello. El medallón que alguien debía llevar y que él había recibido del anciano ciego que descansaba allí.

La peste del ganado empezó a desaparecer poco a poco, y las grandes aves de cabeza desnuda se alejaron tan furtivas como habían llegado. Y la vida de los pastores en aquella costa desolada, castigada sin término por la tortura del viento, volvió a ser la misma de antes, pero la choza que estaba al pie de la montaña se hallaba vacía. Ya ni el padre se encontraba en ella. Nadie sabía cuando la había abandonado ni hacia dónde se dirigió. Tal vez habría tomado el cadáver del niño en sus brazos alejándose de manera tan callada e inadvertida como cuando llegó. Pero de todo eso nadie sabía nada.

El viento había arrasado la choza en poco tiempo, porque estaba construida con ramas y porque nadie se tomó el trabajo de cuidarla. Pronto fue ya imposible precisar el lugar donde había sido levantada.

El hombre que alguna vez había sido peregrino debía estar siempre preparado para volver a partir, para recomenzar otra vez Su marcha. No podía permitirse el lujo de decir:

"Ya no lo soy más. Ya he dejado de ser un peregrino."

Lo has sido una vez. ¿No es verdad? Ahora el camino del peregrinaje te está esperando de nuevo. ¡Levántate! ¡Levántate!

Tobias estaba allí, junto a su templo, que de ningún modo era suyo, y miraba la montaña, la misteriosa montaña con su niebla azul, la montaña de la cual se dijo que había descendido el niño, que les había sido arrebatado por la serpiente para despojar a los pastores de su esperanza, y también la mujer que despojó al ciego del único bien que poseía.

La mujer de la serpiente... ¡Qué extraño!... no podía recordar su rostro. Recordaba muy bien su figura, nunca había encontrado a nadie que se grabara tanto en su recuerdo. Pero no recordaba su rostro. Era como si nunca lo hubiera visto, como si ella en realidad no hubiera tenido cara. Y ella se pasaba todo el tiempo contemplando el fuego, estaba siempre vuelta hacia el fuego.

"¿Qué es eso del niño que adoran los pastores?"

Y él le había dicho que...

¿Culpable? ¿Cómplice? ¡Él también era culpable de aqué! Qué clase de cargo era ese que se hacía a sí mismo... Y el recuerdo... el recuerdo de ese lejano pasado... ¡el recuerdo de la sangre!...

¡Levántate! ¡Levántate!

El niño... El niño que aprendió a conocer la muerte en el seno de su propia madre... ¿Qué significaba ese espantoso recuerdo que volvía a cobrar vida dentro de sí... ?

¡Levántate! ¡Levántate! Peregrino, levántate para confesar tu crimen, para expiar tu culpa, para ganar la paz de tu alma...

Hombre culpable, ¡levántate!

Ya era de mañana cuando comenzó la ascensión de la montaña, pero allí todo descansaba envuelto en una niebla indefinida, una niebla gris azulada, y era como si allí fuera de tarde. ¿Aquí siempre era de tarde? Lo ignoraba, ignoraba todo lo que se refería a esa montaña, a esas misteriosas alturas que se habían vuelto tan enigmáticas y desconcertantes ahora que empezaba a escalarlas como cuando las miraba desde lejos. ¿Debería atravesar esa niebla para alcanzar la luz? ¿Para explicarse a sí mismo y conocer su destino? ¿Su último destino? ¿El destino del hombre?

Caminaba por algo que tal vez fuera un sendero, tal vez no. Allí todo era irreal, hasta el sendero por el cual avanzaba un hombre, el que llevaba hacia arriba, hacia la paz, en medio de la absoluta serenidad y del absoluto silencio que allí reinaban. No se sentía ningún viento, ni el menor movimiento, y eso era raro para él que venía desde la llanura de los pastores. ¿No existe el viento aquí? ¿Ni el susurro de la hierba o de algún árbol? No, aquí no existe un solo árbol ni una sola mata de hierba. Ni viento alguno que pudiera arrancarles un murmullo. Nada. Aquí no existe nada.

Tampoco parecía existir el tiempo, porque nada cambiaba, y nunca era pleno día ni nunca completamente de noche, era como si siempre fuera crepúsculo, un incierto crepúsculo, un velado atardecer, una permanente, inmutable tierra de la tarde.

Porque en verdad no encontró ningún cambio a lo largo de todo lo que había caminado. En ningún momento se detuvo a descansar, sentía como si eso no le fuera necesario. En la medida que podía advertirlo eso no tenía nada que ver con el esfuerzo que debía realizar para ascender la montaña. No se cansaba, no sentía ningún cansancio. ¿Pero por qué, entonces, le latía el corazón con tanta fuerza? ¿Por qué oía todo el tiempo el ruido de sus golpes? Se llevó la mano al corazón, colocándola sobre su pecho, sobre el medallón que ahí colgaba de su cadena. ¿Era eso lo que agitaba tanto su corazón? Un medallón vacío con su cadenita liviana...

¿Para qué puede servir eso...?

Pero cuando se lo quitó ya no podía respirar...

Arriba. Arriba. Siguió subiendo. Hacia lo alto de la montaña, en el desierto de la tierra de la tarde. Un poco más adelante dejó de percibir el sendero, era indudable que había desaparecido... tal vez no hubiera existido nunca. Pero a pesar de ello siguió, agitado, cada vez más agitado. ¿Qué podía ser lo que lo agitaba de ese modo? Debía ser algo que lo estaba esperando, que quizás lo estaba esperando allá arriba. Y siguió y siguió subiendo, con el corazón agitado.

De repente vio un túmulo, exactamente delante de sí, y encima había tres cruces desnudas que señalaban hacia la ceniza gris del cielo. Un cielo que nunca había visto, ni siquiera imaginado, ni pensado que pudiera existir. Pero ahora podía verse el túmulo con sus tres desnudas cruces apuntando hacia él. Y era un cielo gris, como de ceniza, con una indefinida nube gris, torturada, deshecha, pero rígida, completamente inmóvil, muerta. Un cielo muerto, atormentado, pero muerto. Hacia él se levantaban las tres cruces. Y estaban desnudas.

Se detuvo y las miró con sus ojos ardientes, la boca entreabierta.

Después avanzó de nuevo, se les fue acercando, pero paso a paso. Volvió a detenerse, se quedó otra vez inmóvil y las miró.

¿Por qué eran tres? ¿Por qué no sólo una? A quién pertenecía la del medio era sabido.

Mucha gente lo sabía. Pero las otras dos ¿qué tenían que hacer allí, qué tenían que ver con lo que sucedió una vez? Delinquentes, dos delinquentes vulgares. Dos asesinos. Dos de los vulgares asesinos de la humanidad. ¿Por qué colgaba junto con ellos? ¿Por qué no colgaba junto a dos seres respetables, tan inocentes como Él mismo? O solo. Completamente solo. No, tampoco lo quiso. Sino con dos bandidos desconocidos para Él. ¿Por qué era eso? ¿Por qué era así?

Se aproximó aun más. Volvió a detenerse. Miró las cruces, pero no miró a la que se hallaba en el centro.

Delincuente. También lo era él mismo. Asesino, también lo era él mismo. Peregrino y delincuente. Peregrino en un barco de bandidos dirigiéndose a Tierra Santa. A bordo con la canalla más abyecta, y él mismo había sido uno de ellos. Así fue. Así había sido su vida desde el principio hasta el fin.

Tres cruces. No una.

Tres cruces que se dibujaban contra el cielo desolado, inmutable, para todos los tiempos, contra un cielo muerto como ceniza. Así era. Y así sería siempre, mientras exista un hombre.

Tres cruces. Se aproximó.

Se detuvo junto a la del medio.

—Esta es la de Él. La del inocente. Con ella no tengo nada que ver. No me atrevo a poner sobre ella mi mano manchada de sangre, a esta no la toco.

"Pero ésta —dijo y fue hacia una de las otras y la tomó—. Esta es la cruz del delincuente. La cruz del bandido. Mi cruz. A ésta sí me atrevo a tocarla, porque no está limpia, no está más limpia que yo mismo, que mis manos, y si hay en ella alguna mancha de sangre es la sangre de un crimen como los míos. Esta es mi cruz. Aquí me podría colgar.

Se calló. Parecía hundido en sus pensamientos.

Y sin embargo. Sin embargo. Allí estaban juntas las tres cruces, era algo que nadie podía negar. No era una sola cruz, no era sólo la de Él. Y tampoco las cruces de los delinquentes solamente. No, a su lado había uno del que se dijo

que era Hijo de Dios y que por lo menos era un inocente. Las cruces de los delincuentes tampoco estaban solas. Eso tampoco era así. Estaban allí junto a la de Él.

Y mientras existiera alguien que pudiera recordar este túmulo, mientras existiera un solo ser humano que lo recordara, lo recordaría con las tres cruces. Jamás con una sola. Jamás con una única cruz. Siempre sería recordando también las de los dos asesinos. Siempre con las tres cruces juntas.

Las miró una última vez, miró cómo se levantaban hacia un cielo que estaba vacío y muerto, gris como la ceniza. ¿Estaba muerto ya? ¿Ya estaba muerto el cielo? Tal vez era así. Y sin embargo hacia él se alzaban, inmutables, las tres cruces, por si alguien quería recordar lo que había sucedido una vez y meditar sobre su importancia.

Luego se apartó del túmulo.

No volvió al lugar por donde había venido, se alejó en otra dirección, sin saber por qué.

LA TIERRA SANTA

79

Aquí el paisaje era algo diferente, pero no hubiera podido decir en qué consistía la diferencia, ni tampoco pensó en eso, sólo sentía que era así. Continuaba siendo la misma tierra crepuscular por donde estuvo vagabundeando antes, pero como ensombrecida, como vista al revés ... ¿pero de qué? Tal vez había una serenidad mayor, una paz mayor de ese lado de la montaña, que tampoco era tan escarpado. Fue descendiendo paso a paso por aquel lado de la montaña.

Lo mismo que antes no tenía la menor idea del tiempo, ni siquiera de cuánto tiempo había caminado. Iba sumido por completo en sus pensamientos, en la tristeza que de ellos se desprendía.

Cuando por fin levantó la vista vio que estaba acercándose a un río, un ancho y tranquilo río que se deslizaba sombrío y misterioso cruzando el paisaje extendido a sus pies.

¿Cómo sabía que eso era un río? ¿Cómo podía saberlo? Sólo podía sentir que era así.

La orilla opuesta no podía verse, lo que de aquel lado se ocultaba nadie podía adivinarlo. Ya el río estaba perdido en la oscuridad, ¿cómo, entonces, podía saberse nada de las tierras del otro lado?

Fue avanzando con lentitud, ya que tampoco había descendido con paso rápido la falda de la montaña sino como acostumbraba caminar con su ritmo habitual, como si hubiera estado siguiendo un serpenteante sendero, en caso de que hubiera existido algo semejante, lo cual no era así. Cuando al fin llegó hasta allí pudo ver que en la playa, dándole la espalda, al borde de la apacible

corriente, había un hombre absorto en la contemplación del agua.

El descubrimiento le produjo asombro porque allí nunca había encontrado a nadie y, por más que lo pensaba, estaba convencido de que allí no podía encontrar nunca a nadie. ¿Quién era ese hombre? ¿Quién era ese desconocido que estaba dándole la espalda, con el rostro vuelto hacia el río y la noche?

Se le aproximó aun más y se detuvo a su lado. Miró el agua, como hacía el otro. Vio su propia cara en el espejo del agua, pero era una cara gastada, envejecida, con el pelo gris: apenas se reconoció. Vio que era su propio rostro el que allí se reflejaba, y nada más que el suyo. Y que estaba solo, que no había nadie más que él. Que el desconocido era él mismo.

Echó la mirada por encima de aquella agua oscura, hacia el otro lado del río cuya otra orilla estaba oculta, de la que nadie sabía nada.

—Todavía no —murmuró para sí mismo—. Todavía no...

Cuando reanudó su marcha no lo hizo caminando a lo largo del río, sino hacia el interior de la tierra otra vez, porque la playa era impenetrable, erizada de abruptas rocas que lo obligaban a tomar otro camino. Por eso se apartó del río que había reflejado su rostro y que sin duda alguna volvería a reflejarlo muy pronto. Se alejó cada vez más y más del río y llegó a un angosto valle, que hubiera sido un dulce valle si hubiera tenido verdes hierbas y árboles y flores sobre el desnudo suelo, pero allí no había nada, todo signo de vida había desaparecido como por obra de una mano implacable. Caminando a través de ese angosto valle llegó hasta un manantial; eso es lo que le pasó mientras vagabundeaba por allí.

El manantial se hallaba ahí por donde él pasaba, a su izquierda, le hubiera sido imposible seguir sin descubrirlo. y tal vez así era el significado, el sentido, el destino, tal vez era así. Estaba en la montaña desnuda, sin una brizna de hierba, sin la menor señal de vegetación, y era muy transparente y claro. Podía vérselo sin dificultad el fondo y lo que ahí había. Sin duda no era profundo.

Se puso de rodillas para beber y cuando se inclinó sobre la fría superficie se apretó el medallón contra el pecho para que no se le cayera al agua mientras bebía. El agua estaba muy fría y no tenía gusto a nada, absolutamente a nada. Ni sabor a pasto ni a tierra ni a mineral ni siquiera a roca o a cualquier otra cosa, a nada que tuviera el gusto de algo perteneciente a la tierra. Y, en la medida en que, podía imaginarlo, tampoco sabía a nada ajeno a la tierra. Sólo era limpia y fresca y buena para calmar la sed. Y quien bebía de ella comprendía que ya nunca volvería a sentir sed.

Cuando continuó su camino pensó en lo que podía ser ese manantial. Y se acordó de otro, de uno en el que había bebido hacía mucho, en su juventud, un manantial ensangrentado, cuya agua también tenía gusto a sangre para quien la bebía.

¿Era ése el manantial de la vida? ¿O si no qué era ése? De la muerte no lo era. Eso lo comprendía. No, no era eso. Todavía no...

No, no sabía lo que era ese manantial ni lo que significaba el haber bebido en él.

Sus andanzas lo llevaron hasta una cumbre y le pareció que allí aclaraba un poco. Ya no caminó por una tierra crepuscular, sino por una tierra algo más iluminada, lo que facilitaba la marcha. Y el angosto valle dejó de ser tan estrecho y en cambio se abría, se ensanchaba a medida que avanzaba por la falda de la montaña. El paisaje también era distinto, ya no parecía algo definitivamente muerto... y al cabo de un rato se encontró caminando por un sendero, y ese sendero iba haciéndose cada vez más real, aquí y allá comenzaban a crecer algunas hierbas a sus orillas, y algunos bosquecillos; ¿para qué podía ser eso?

Continuó su viaje y llegó hasta un lugar en el cual el sendero se bifurcaba y allí, donde los dos senderos se unían, había una pequeña imagen femenina de madera con un techito encima, como para refugiarse de la lluvia... ¿acaso caerían allí las lluvias? ¿Era ese un lugar, en verdad, terrenal? ¿No era evidente que no podía ser?

La imagen de la mujer estaba tallada sin mayor sentido artístico por una mano apenas algo más que hábil, y hacía bastante tiempo, eso podía verse. El vestido era azul pero el tiempo y el viento lo habían desteñido y empalidecido mucho en aquellas partes que aún podían verse. Pero el color de la cara se había conservado mejor. Y su cara era infinitamente dulce, con una sonrisa que quizá fuera un poquito dura porque el artista no supo hacerla mejor, no tan bien como, con seguridad, deseaba.

Se quedó allí contemplando la pequeña imagen. Y mientras la contemplaba sintió un poco más de paz en su alma atormentada. Sólo porque estaba allí, contemplando esa pequeña imagen de madera, con su vestido azul de madera, y con su dulce sonrisa.

¿Qué era lo que la imagen le hacía recordar?... El vestido azul... y la sonrisa... esa bondadosa sonrisa un poco pálida... ¿De qué se estaba acordando...? No, no podía precisararlo...

Qué extraño... De modo inesperado se sintió cansado, con un cansancio completamente natural, como el que debe sentirse al cabo de una larga marcha por la montaña. Debía recostarse y descansar un poco, ahí, sobre la hierba, ahí, junto a ella. Se recostó y alzó hacia ella sus ojos, se quedó mirando su dulce rostro, su bondadosa, tal vez un poquito melancólica sonrisa mientras se dormía.

De qué extraña manera se alejaba. Tan extrañamente rígida e insegura como si tuviera alguna dificultad para caminar. Sobre todo había en ella una rigidez y una torpeza que él no le reconocía. Ella nunca había caminado así. Como que su paso era ligero y natural, y en verdad era ella tan joven, apenas algo más que una niña... La que estaba a su lado debía ser, sin duda, mayor. Pero el vestido era el mismo, del mismo color azul pálido, aunque el suyo no era, desde luego, tan duro y leñoso, le caía con soltura sobre el cuerpo, se lo había cosido ella misma y le sentaba muy bien, y él deseaba recordarla siempre así.

La voz era, inconfundiblemente la misma, tan dulce y tan suave y de ningún modo autoritaria; nadie estaba obligado a escucharla, pero si uno lo deseaba podía hacerla y oír cómo era de clara y de dulce y con cuanta serenidad decía todas las cosas.

Pero de lo que hablaba era tan raro, no era de lo que acostumbraban a conversar juntos. Decía que era la madre del Hijo de Dios... era curioso. ¿Por qué hablaba de eso? ¿Y qué tenía él que ver con eso? Ella había sido elegida para eso, decía, pero no porque hubiera en ella algo notable, lo mismo pudo haberle sucedido a otra mujer, a cualquiera de las vecinas o a una mujer de otra aldea. Lo dio a luz sin sospechar quien era, y cuando llegaron los pastores, los tres reyes, no comprendía nada. Y tampoco supo nada de que había de ser crucificado, de modo que era tan feliz con su hijo como podía serlo cualquier otra madre.

Pero cuando lo crucificaron sintió que una espada le atravesaba el corazón y desde entonces ya nunca más fue la misma. Desde entonces fue la verdadera elegida... pero para sufrir. Y para comprender a los que sufren y están tristes. Por eso ahora estaba en la bifurcación de todos los caminos, por si alguien que pasara por allí deseara detenerse y hablarle de sus penas y aflicciones.

—¿Qué es lo que a ti te entristece ahora tanto? —prosiguió—. He podido observar lo acongojado que estabas; te he seguido un poco por todas partes, por aquí y por allá, mientras seguías tu camino, es lo único que suelo hacer.

—Hay mucho de qué afligirse.

—En eso tienes razón. Dime qué es lo que te causa tanta pesadumbre. Y háblame de ti mismo, dime quién eres y hacia dónde te diriges.

—Soy peregrino.

—Eres eso.

—Sí. Peregrino y criminal.

—¿Criminal? ¿Qué crimen has cometido para sentirte culpable?

—Toda mi vida ha estado llena de malas obras. Y de malos

pensamientos, si es que también han de entrar en la cuenta. Yo soy el hombre malo, el asesino, de modo que puedes llamarme como quieras. Por eso no es extraño que debiera convertirme en peregrino.

—No, lo comprendo.

—Pero soy un curioso caso de peregrino, debo decirlo. Hago mi peregrinaje hacia una tierra que no existe.

—¿Qué quieres decir? ¿Una tierra que no existe?

—Sí. Viajo hacia la Tierra Santa.

—La Tierra Santa ... ¿No existe?

—No, no existe. Ya lo he comprendido.

—¿No existe?... ¿Estás seguro de que es así?

—Sí, lo estoy.

—Ese es mi país, esa es mi patria, debes saberlo... Pero ha pasado tantísimo tiempo desde cuando estuve allá... Tanto, tanto tiempo... ¿No existe?... ¿Tú dices que no existe?...

—Sí. He acabado por descubrir que es así. Me he convencido que mi peregrinaje carece de sentido, que no tiene objeto.

—Haces que me siento realmente triste con lo que dices... Tú crees, y así lo he pensado también yo algunas veces, que quizás no existe. Se la siente tan remota, tanto, pero tan distante... Más de una vez lo he sentido así. Y entonces he pensado que tal vez sólo sea que soy yo quien está aquí, en una tierra extraña, donde se cruzan los caminos, en una tierra extraña, y vivo de mis recuerdos y trato de consolar a los que por aquí pasan hablándoles de ellos. Pero quizás hablo de una tierra que al mismo tiempo no existe, que quizás no es como yo recuerdo. Y entonces me siento muy triste y afligida. Tú no crearás que yo también me siento triste y desesperada, tanto como esos a quienes trato de consolar.

—Ahora te he apenado con lo que te he dicho. ¡Por qué tenía que hacer esto!

—Tú debes decir lo que consideras que es la verdad, aunque también tuvieras que hacerme sufrir con ello. Pero ya estoy familiarizada con toda clase de penas... y con esa también. Hasta con el pensamiento de que tal vez mi país no exista. Hasta con eso.

"¿Pero es que no ha de existir, a pesar de todo? De vez en cuando me parece entreverlo confusamente a lo lejos; otras veces me parece verlo con tanta claridad que es como si me paseara siempre por allí, por sus caminos bien conocidos que ahora son sagrados. Quizás sea solamente por mi culpa que no siempre lo veo como debiera. Quizás sean mis propios ojos los que a veces se ciegan.

"Bien sabes que tú también tienes una patria y que no siempre se la puede recordar tal como es.

—¿Mi patria? No, no la recuerdo casi nada.

"Pero sobre todo porque no quiero recordarla, porque sólo puede despertar en mí malos recuerdos.

—¿Malos? ¿Sólo malos?

—Sí. Hay allí algo que siempre traté de olvidar, que hace tanto tiempo que traté de olvidar que ya no sé de qué se trata... Algo que no puedo volver a encontrar... y sin embargo siento que es justamente eso lo que debo recordar antes que mi viaje termine. Tú ves, ya no me queda mucho tiempo, y antes debo expiar. El espejo del río ha reflejado mi cara y he bebido el agua del manantial, ya no puede quedarme mucho tiempo...

—No; lo comprendo.

—Debo encontrarla antes que pase el tiempo, antes que la luz se apague... ¿No es ya demasiado tarde? Quiero decir, ¿no comienza ya a oscurecer?

—¿Quién es ese ser a quien debes encontrar?

—Ella, la que tú me recuerdas... La voz... y el vestido... Pero tú caminas tan extrañamente, ¿por qué tienes tanta dificultad para caminar? En cierto modo no te pareces a ella en nada... y de ti ha nacido el Hijo de Dios. Ella, ella no dio nunca a luz. Pudo haberlo hecho, pero no lo hizo. La obligaron a no hacerlo... Es eso lo que no recuerdo... lo que no puedo... Y encontrar al viejo... el viejo desagradable... en esa casa pestífera... en esa casa gris donde había tan mal olor... También estuve allí... nos tomábamos las manos... ¡ahora recuerdo!... estábamos tan asustados... sí sólo éramos niños... y no comprendíamos nada... no sabíamos nada de aquello que se nos exigía... Sólo sabíamos algo del cariño, de eso creíamos saberlo todo. Nada de lo que sucedía, de que algo semejante existiera, y que eso también perteneciera al amor...

"El olor de la sangre... ahora recuerdo... el olor de la sangre... y su grito... cómo trató de defenderse... y el niño... el niño que debía conocer la muerte contra el pecho de su propia madre... ¡ahora recuerdo! ¡ahora recuerdo!... ¡que debía conocer la muerte en su propia madre!...

"La obligaron... para que ya no le tuviera miedo a la vida por mi culpa... nada en su vida materna fuera del reino de su hijo... ella, que era tan pobre...

"Oh, ¡ahora lo recuerdo todo!...

—Ya sé a quien te refieres. Ha hablado conmigo a menudo. Porque ella de veras necesita consuelo.

"También ha hablado de ti muchas veces.

—¿De mí? Entonces debe haber pronunciado palabras terribles, las palabras más duras que existen.

—No, nunca ha hablado sino bien de ti.

—No es posible. No puede haber hecho eso.

—Sí. Es posible. Lo es para quienes aman.

—¿Amar...? ¿Qué quieres decir? ¿Pudo haberme amado?

—Sí. Y no te condenó. El amor no condena.

—Eso es imposible. La dejé sola con su desesperación, también me obligaron a ello, pero por qué les obedecí, ien verdad no tenía necesidad de obedecerles!... Y la encontraron a la orilla del arroyo, con su vestido azul, con su mejor vestido, con el único que tenía, de lino que ella misma había sembrado y recogido, y la llevaron hasta el pueblo y la enterraron fuera de las paredes de la iglesia, porque en el interior no había lugar para ella, no lo había entre las otras, las decentes. Yo vi cuando la enterraron, cómo lo hicieron los dos hombres que se ocuparon de eso. Yo estaba oculto, encogido, detrás de un bosquecillo, mirando. Y cuando volvieron a tapar la tumba y se fueron, salí de mi escondite y me arrojé sobre el túmulo, y lo abracé, y lloré y lloré... Pero ya estaba lejos para eso.

"Entonces comenzó mi mala vida, que desde aquel momento ha durado tanto, tanto tiempo. Así he sido toda mi vida, mi vida asesina...

—Ahora estás hablando demasiado mal de ti mismo. También has sido peregrino, me dijiste. También has sido eso.

—Peregrino... También peregrino... Sí. Es verdad... ¿Pero acaso he cambiado por eso, me he convertido en otro hombre por eso? Es fácil ser peregrino si no es obligatorio cambiar para serlo, cuando de todos modos se va a seguir siendo lo mismo. También peregrino... Peregrinando hacia una tierra que no existe... que con seguridad, no debe existir... a la que nunca se puede llegar.

"Uno sólo tiene necesidad de añorar...

—Sí. Nada más que añorar. En eso tienes razón. Sólo que añorar... no es bastante.

—No. Pero es lo que a mí me pasa. Sólo eso.

—Entonces no puedo ayudarte. Si es así creo que no puedo ayudarte...

Quedó sumido en sus pensamientos, en los propios y en los que ella le sugirió. En los que sus últimas palabras le habían sugerido. Había demasiados motivos para pensar en ellas...

En el preciso momento en que se proponía decir algo sobre lo que le dijo, algo más sobre eso, advirtió que ya no se encontraba a su lado, que la que estaba allí era otra... vestida de azul, con su vestido azul, el que ella misma había cosido, el que había tejido y cosido, con el lino que ella misma cosechó...

—Te he estado esperando —le dijo ella con su apagada voz—. Ahora has venido... por fin.

—Sí, ahora soy un viejo. Acabo de mirarme en el espejo de un río oscuro y lo que he visto es eso.

"Que tú puedas estar tan joven. Es, en verdad, muy raro. ¿Acaso es porque estás muerta?"

—¿Joven? No entiendo nada de eso. ¿Joven...? Pero quizás sea así.

—Duro debe ser para ti encontrarte otra vez conmigo.

—Sí. Pero es precisamente esto lo que he estado deseando todo el tiempo.

—Yo también. Es lo que he temido y deseado durante toda mi vida. No podía en realidad alcanzar la paz antes de volver a encontrarte. Pero ¿cómo puedes tú darme la paz? ¿Cómo podrías desear que de algún modo pudiera yo alcanzarla?

—Lo que yo deseo es que todos alcancen la paz. Y sobre todo tú, que la necesitas tanto.

"¿Estás cansado? Me parece verte cansado.

—Sí, he caminado mucho.

—Creo que deberías acostarte un rato. Yo me sentaré a tu lado mientras tú descansas.

—Sí. Es lo que voy a hacer, de buena gana. Y ya empieza a hacerse tarde. ¿No está comenzando a oscurecer?

—No sabría decírtelo. De eso no sé nada.

—No, lo comprendo...

—¿Qué es eso que llevas sobre el pecho? Un medallón...

Él no le contestó, pero levantó un poco la cabeza.

—No hay nada en él. Se diría que alguna vez hubo algo en su interior, pero ahora no hay nada.

—No, no hay nada...

Ella volvió a inclinarse sobre el medallón. Y con muchísimo cuidado se lo sacó, quitándole del cuello la delgada cadenita y la colocó en su propia mano y tomó el medallón vacío que él llevaba sobre el pecho. En el mismo instante

comenzó a brillar como si fuera el objeto más sagrado.

Pero mientras ella miraba lo que acontecía, él dejó caer hacia atrás la vieja cabeza, la dejó caer sobre el suelo donde se había recostado y expiró.

Ella, con una dulzura infinita, le acarició la frente.

—Ahora duerme en paz —murmuró.

Y su cara pareció llenarse de una inmensa paz.

FIN